

REGRESO
LA INFAMIA

Memorias de un pasado aún latente

Diseño, dirección de arte y concepción editorial.

Jhon Alexander Molano Márquez.

Texto.

Claudia Patricia Gallo Espinosa.

Impresión.

Yerimpresos.

2008.



INDICE INDICE
índice INDICE
índice INDICE inc
NDICE INDICE
ICE INDICE índice

INDICE índice IND
lice INDICE INDICE
NDICE INDICE inc
INDICE

1

Introducción

Somos hijos de
la guerra,
somos hijos del
conflicto

▶▶ 11



2

Bogotazo

No soy una
persona, soy un
pueblo

▶▶ 21

3

Frente Nacional

Porque quien
no conoce su
historia está
condenado
a repetirla

▶▶ 31

4

Toma al Palacio de Justicia

Colombianos:
Las armas os
han dado
independencia
las leyes os darán
libertad

▶▶ 41



INDICE INDICE INDICE
índice INDICE INDICE
INDICE INDICE INDICE
INDICE índice INDICE
INDICE índice INDICE

5

Genocidio de la Unión Patriótica

Pienso luego...
desaparezco

▶▶ 51

6

Epílogo

Reflexión para
un país
des-pensado y
para imaginar

▶▶ 60



INDICE INDICE INDICE
INDICE índice INDICE
índice INDICE INDICE
INDICE índice INDICE
índice INDICE INDICE

SAGRADECIMIENTOS
agradecimiento

AGRADECIMIENTOS
SAGRADECIMIENTOS

AGRADECIMIENTOS

agradecimientos

AGRADECIMIENTOS

AGRADECIMIENTOS

AGRADECIMIENTOS

Doy gracias a la vida cada día por permitirme haber nacido en el país de la canela, donde las ilusiones y las fantasías se entremezclan con las realidades; por haber crecido entre aromas de granos de café, de rosas y aleteos de mariposas amarillas; por

haber gozado de la herencia hermosa de un legado ancestral, porque nuestra historia, felizmente, no comienza con una conquista sangrienta sino con el legado de los hermanos mayores, de los pijaos, de los emberas, de los nasa, de los wayúu, de los grandes

caciques asesinados por Ursúa, de los jaibanas y de los taitas, herencia de lenguas milenarias, cantos a la luna y de ropajes blancos como la nieve (para no confundirnos con la tierra), esa que es escasa en mi país pero que alcanza para soñar con ella

toda la vida; por haber nacido en esta tierra de grandes cordilleras, verdes llanuras y mares inmensos, repleta de seres magníficos e impresionantes, de aves que al alzar el vuelo al unísono pueden cubrir el cielo en la espesura de sus alas, esta tierra de

árboles que se aferran a los suelos en la bravura de selvas de cemento y selvas de balas, donde las historias parecen convergir de la misma manera que nuestro propio territorio, tan fluido y tan mágico.

Doy gracias todos los días por pertenecer a una nación

AGRADEC

RECONOCIMIENTOS

MIENT
imien

joven, pero histórica, a una leyenda que no muere y que cobija a una raza pujante, una raza que ha soportado los horrores de la guerra y que aún sonrío, una tierra que ha parido grandes hombres y mujeres, gente luchadora, que ara en la vida como ara

en la tierra, con la paciencia necesaria para que de buenos frutos, para que la tierra no se desgaste; por haber visto ser y existir a personas que como Manuela Beltrán y Jorge Eliécer Gaitán, dieron su vida por un sueño llamado Colombia.

Doy gracias a la vida por permitirme nacer en esta tierra mágica, esta tierra que hechiza en su grandeza y que persiste en su dolor, por permitirme vivir y respirar en esta tierra que me duele hasta en la sangre, en esta tierra que me embruja y me em-

beleza con la magnificencia; doy gracias por pertenecer a esta tierra y a esta raza, para adorarla, conocerla y para repensarla, porque ese es un compromiso que también nos ha sido heredado, hay que recomenzar esta historia con memoria y sin silen-

ECIMIENTOS

cio, para que todas sus voces sean escuchadas y más nunca olvidadas, para que podamos perdonarnos tantos males y dolores, para que podamos recuperarnos y retomar al camino, doy gracias a la vida por permitirme el ejercicio eterno de la palabra.



PREFACIO
PREFACIO
PREFACIO
PREFACIO
PREFACIO

PREFACIO
PREFACIO
PREFACIO
PREFACIO
PREFACIO

Vivimos en un mundo de contrastes, un mundo que se entrechoca en propia realidad cada día y todos los días, un mundo ambivalente y antagonico, porque ¿cómo es posible compaginar la grandeza de grandes seres humanos que lucharon por la vida,

por el mundo, junto con esta puesta en escena macabra y siniestras que rodea nuestros días e imprime a su paso todo ese odio y esa muerte? ¿Cómo es posible pensar nuestro mundo si aún somos lo suficientemente ingenuos como para pasar por la vida

sin detenernos un segundo a contemplar esa historia de la que somos hijos y que nos pertenece?

Es crucial, entonces, repensarnos e imaginarnos, no sólo como personas, seres humanos frutos de una historia heredada que nos pesa y nos

rodea en cada mínima parte, sino para recrear las formas necesarias de construir historia, de hacer de la historia antes que un documento oficial un instrumento de memoria, para no olvidar, para recordar que nuestra vida gira en torno a todo lo que

PREFACIO
PREFACIO

P

en nuestro mundo ha pasado y que no es una opción dejar de lado todos los triunfos, las frustraciones y las derrotas sobre las cuales se ha configurado este mundo en el que habitamos.

Este libro es un llamado a la conciencia y al recuerdo,

para que los hechos históricos más trágicos de nuestra nación no pasen desapercibidos; para que las generaciones futuras no crezcan sin saber que su tierra se cubrió de sangre, sangre de la gente que pensaba, de personas que imaginaron un país mejor,

más humano y más posible para todos, donde las leyes no fueran las impuestas por un sistema económico frívolo, sino las de un pueblo soñador e inteligente capaz de reconstruir su país.

Maquiavelo, muchos años atrás y en los albores de una

nueva época llamó la atención sobre la necesidad de crear memoria, quien no conoce su historia está condenado a repetirla (como se titula uno de nuestros capítulos), porque los errores del pasado se repliegan en el presente y nos atascan. La historia debe

ser un instrumento social, al alcance de todos, un instrumento que permita la reconstrucción de la vivencias para conocer y reconocer que en nuestras vidas y en nuestras sociedades pasan cosas que no son espontáneas, sino que son las consecuencias de

nuestros actos y decisiones y que, como tal, antes que darles las espaldas y omitirlas, es necesario pensarlas y analizarlas para conocer donde se cometió el error. La historia debe ser una historia para todos, un instrumento de reflexión y de análisis.

REFACIO

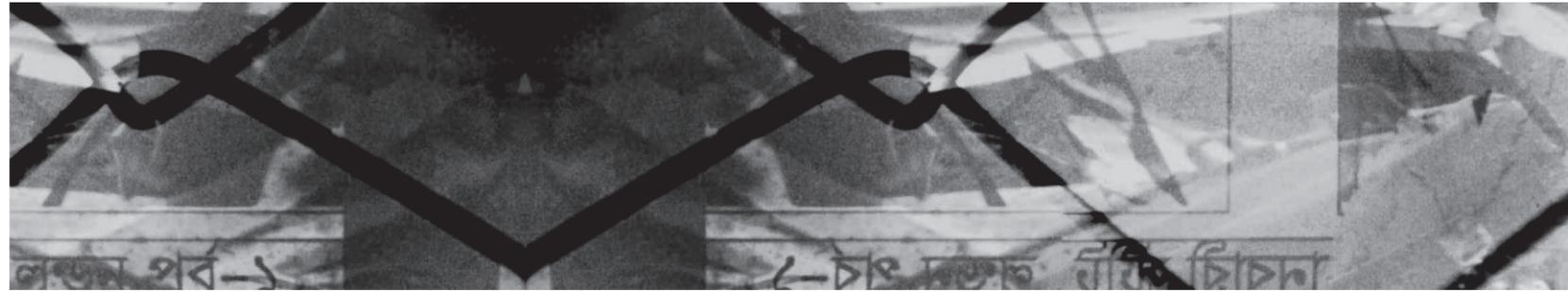


Introducción

La historia de Colombia es una historia desgastada, cargada de resentimientos y desvelos que sólo han dado como resultado final el trágico saldo de miles de asesinatos, de miles de muertes inocentes e injustificadas y el exterminio vacío de las grandes mentes y de los grandes pensadores que han soñado con un país mejor, con un lugar grandioso que se corresponda con la generosidad de su pueblo. Colombia llora por nosotros, sufre por la inconstancia de su gente y por la renuncia masiva a creer y a ser lo que realmente somos, este libro es un homenaje abierto a esa región oscura de nuestra historia que se empeña en acompañarnos y que cubre de luto cada pequeño paso que, como país y como nación, hemos dado.



No son pocos los episodios de violencia que se retratan en nuestra historia, tampoco son pocas las muertes y los daños causados tras años y años de secuestros y desapariciones, tras la sucesión de guerras civiles infundamentadas y ya trilladas por una ideología que no convence ni condensa. Parece que nos hemos acostumbrado a vivir de manera paralela a un conflicto gigante pero que día a día pasa desapercibido ante nosotros, son invisibles las huellas que la guerra deja sobre el territorio de nuestro país, son invisibles aquellos que han sido víctimas directas de un enfrentamiento encarnizado que no buscaron y que muy rara vez entienden, es invisible para nosotros la realidad misma, esa que viene golpeándonos a la cara por casi doscientos años de historia nacional, y todavía no tenemos el coraje de afrontar, éste libro es, también, un llamado a la conciencia, a la necesidad de representarnos como país y reconfigurar ésta nación exhausta y agonizante.



La persistencia de la violencia en Colombia ha teñido todos sus escenarios con una serie de guerras inconclusas e inacabadas que, contrario a lo que debería pasar, no han generado revoluciones sociales ni políticas, sólo han alterado el orden establecido mientras se da el cambio entre quienes detentan el poder (entre las mismas élites que han atravesado la vida política de éste nuestro país) y han dejado como la consecuencia más fuerte e inmediata la sangre derramada de un pueblo que tradicionalmente se ha venido matando bajo unos ideales no muy claramente definidos y por muy pocos bien comprendidos.

Las guerras de Colombia sólo nos hablan de intentos, de luchas que no fueron concluidas y que fueron dirigidas por una élites que esperaban mantenerse en el poder

perpetuando la lucha del pueblo entre el mismo pueblo. La tradición colombiana, no sólo la política, ha mantenido enajenado a su pueblo, ha creado condiciones irreales de existencia y ha enmarcado su discurso (el de los partidos políticos tradicionales), puesto que siempre ha sido cuestión de palabras, en un aniquilamiento continuo del otro, de quien se considera su rival pero, en

el fondo, está constituido de la misma manera (Perea, 1996).

Aquella reflexión y preocupación histórica del por qué de las paradojas colombianas, de esa triste exclusividad de nuestro país, de muchas guerras y pocas revoluciones sociales, tras una tradición política que ha excluido a los sectores más vulnerables (desde la colonia hasta estos días), tras un sin nú-



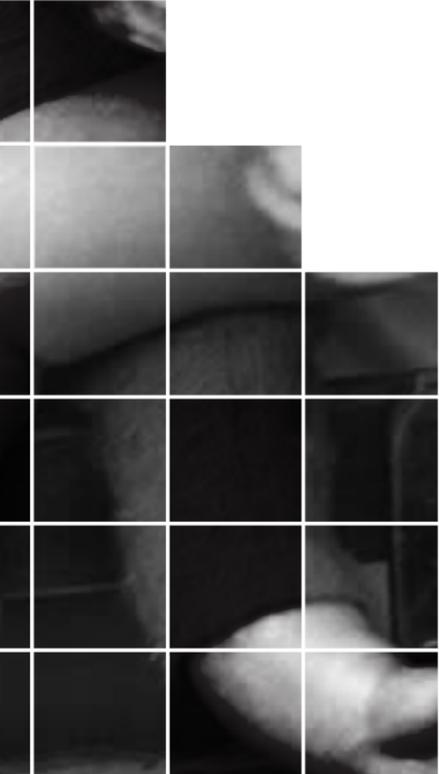
mero de violaciones y atropellos a los derechos humanos, en todas sus formas y bajo diferentes maneras, convirtiéndonos en uno de los países más violentos del mundo y el segundo acreedor del conflicto civil más largo del planeta, y tras el incumplimiento de promesas, recurrentes entre otras cosas, de reivindicación política, social y cultural, los colombianos seguimos acallando un clamor acumulado por siglos, esperando que las cosas sencillamente mejoren. Y aquellos que se atreven a hablar, aquella facción de seres de ideales políticos reales, son desaparecidos de la historia, porque siempre es mejor hacer creer que nunca existieron: el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, de Carlos

Galán; el aniquilamiento sistemático de los miembros de la UP (uno de los pocos intentos de oposición que se han consolidado en Colombia bajo formas políticas definidas y concretas); la desaparición de estudiantes que reivindicaban el derecho a pensar, a repensar a Colombia; los exiliados, Alfredo Molano y otros tantos intelectuales, aquellos que han hablado de lo que realmente sucede en el país y una lista inmensa de personas que han querido cambiar este trágico destino, son castigados con la inclemencia de la guerra política y armada, con la frialdad económica de privilegiar al mejor postor antes que amparar a quienes pertenecen y se cobijan bajo una misma bandera.

William Ospina (2004) ya lo decía, Colombia es un país donde la historia no pesa ni se recuerda, haciendo caso omiso a la memoria como instrumento de reflexión social, y donde los pecados más atroces son perdonados y olvidados antes de ser reivindicados, dándole entonces la palabra a Maquiavelo cuando éste decía, de manera muy acertada, que “quien no conoce su historia está condenado a repetirla”.

La oposición en Colombia nunca ha sido permitida, el país se ha convertido en una especie de claustro cerrado donde los principios se imponen y donde el discurso del ser humano se pierde en un entramado confuso de relaciones clientelistas y excluyentes, de redes de juego





Somos hijos del conflicto, somos hijos de la guerra, somos hijos de la guerra, somos hijos de la guerra.

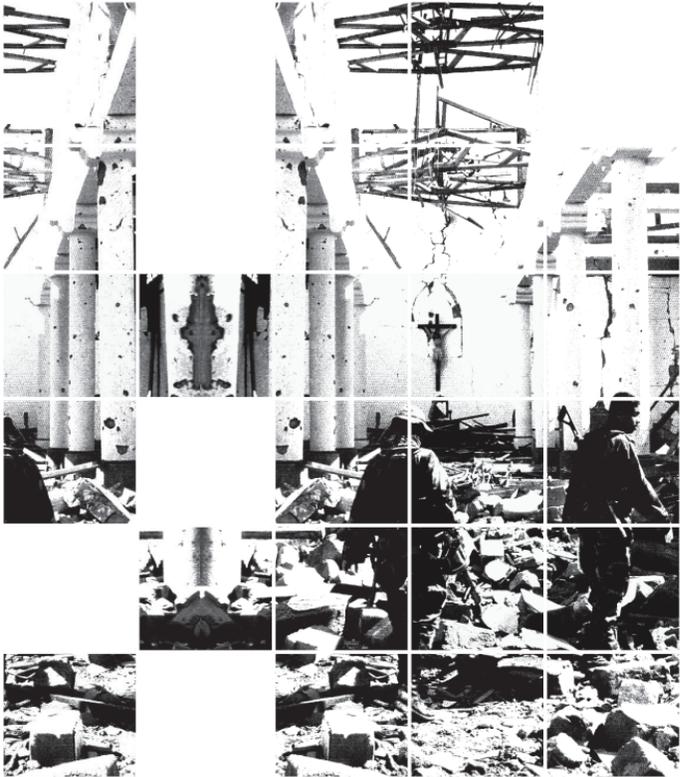
por el poder y la riqueza, donde se distorsiona el valor de la vida y se nublan las fronteras entre lo que es correcto y lo que es necesario. La tradición política colombiana se ha encargado, así, a lo largo de los años, de mantener el acceso al poder restringido a un círculo “privilegiado”, se ha permitido decidir quien entra y quien sale del juego político colombiano, y desvirtuando las nociones ideales de una democracia participativa y representativa de los intereses sociales.

Muestra de ello son la mayoría de las guerras por la independencia, en un primer momento, y una vez conseguida ésta las élites y los grupos dirigentes se empeñaron en enfrentamientos sin-

sentido encaminados a definir el estado institucional del naciente país, enfrentamientos que terminaron en un proceso de reconquista, lo que nos valió el nombre de “la patria boba”, y en interminables guerras civiles entre liberales y conservadores, la más dramática de todas, “la guerra de los mil días”, que sumergió al país en una suerte de adormecimiento que antes que propiciar un crecimiento estatal e institucional, resquebrajó los tejidos sociales e impidió la formulación de proyectos concretos de desarrollo sostenible aplicables a las condiciones reales del país.

La masacre de las bananeras, es otro antecedente que sólo habla de las clásicas disputas entre una forma política,

abogada y ejercida bajo su sustrato básico de justicia, y los intereses económicos revestidos de importancia política. Lo cierto es que la masacre sólo da cuenta del privilegio que se le ha dado a los factores económicos por encima de las demandas democráticas de un pueblo cobijado por un Estado y representados por una nación. La United Fruit Company perpetuó uno de los episodios más sangrientos de nuestra historia, amparados bajo las fuerzas de la policía nacional (comprometida entre otras cosas a garantizar el cumplimiento de los derechos humanos y nacionales) dispararon a sangre fría contra una multitud de hombres, mujeres y niños desarmados, de trabajadores imploran-



do por una mejora de las condiciones laborales. Aún así, el Estado colombiano desconoció dicha realidad, sólo Jorge Eliécer Gaitán, en una de sus primeras incursiones dentro de la política colombiana, denunció con documentos en mano y una serie de testimonios las atrocidades que se vivían en el pueblo bananero, en la república bananera.

Esta constitución tradicional de las formas de hacer política, acompañada por una historia en que la sumisión y el adoctrinamiento han sido las constates de los procesos (a nivel social, político y económico), han llevado al país a la configuración de una suerte de desorden social respaldado por una estructura clasista de las élites que perpetúa

en el tiempo y en la sociedad el desencuentro político y la desinformación de la realidad nacional.

El desarrollo, entonces, del país se restringe al carácter hereditario, adquirido a través de las luchas políticas entre los mismos grupos sociales de siempre (aquellos que organizaron y protagonizaron la independencia, las guerras por la definición de la nación colombiana, la guerra de los mil días, la violencia de los años cincuenta), de la adquisición y la distribución del poder político. En Colombia, la tradición política ha dejado de lado las nociones ideales acerca de la democracia y de la representatividad del pueblo: los intereses políticos sólo reflejan los intereses de las élites

políticas, intereses que la mayoría de las veces sólo responde a un interés mayor de orden económico.

Las condiciones históricas del país han dado lugar a que se perpetúe un conflicto armado (desvirtuado desde su óptica ideológica) que ha desolado y resquebrajado el tejido social, dejando un saldo gigantesco de víctimas de la injusticia social y el abandono político, en respuesta a la tradición política que, parece, haber estado en todo su desarrollo del lado opuesto a la sociedad. El surgimiento de actores armados al margen de la ley, las FARC encabezando los movimientos de insurgentes con una ideología social (Alape, 2002) que se fue desvirtuando con el paso de los



años, la puesta en escena de una guerra civil, sí es posible llamarla de este modo, e irregular (Pizarro, 2004) que ha abastido al país por casi sesenta años, y de manera continua, sólo es una respuesta más a la falta de implementación de una estructura de bases sociales sólidas y creadora de instituciones que velen por el bienestar real de su sociedad.

Colombia es, así, un país de lágrimas, con una historia trágica que narra como sus hijos se han matado los unos a los otros en búsqueda de una serenidad política y social que nunca se ha conseguido, que da cuenta de un sesgo que se ha establecido y que ha estado vigente desde la época misma de la colonización, y que ha vivido eternamente una

situación de exclusión social y política. Es un triste resultado, la acción política y la emergencia real de sujetos políticos, los cuales han atravesado a Colombia dejando huellas dolorosas por muertes, exilios y desapariciones forzosas (acaso propiciadas por el Estado y sus miembros constitutivos), no han perdurado en el tiempo necesario como para proyectar la disolución de las estructuras e instituciones tradicionales que se hacen efectivas en la realidad colombiana. Tantos movimientos y tantos clamores han sido desvirtuados, desvanecidos y aniquilados sin extender su mensaje, sin conceptualizar y extrapolar a la realidad sus ideales sociales de cambio y revolución (¿pacífica?).

“La historia de Colombia es la historia de una prolongada postergación de la única aventura digna de ser vivida, aquella por la cual los colombianos tomemos verdaderamente posesión de nuestro territorio, tomemos conciencia de nuestra naturaleza – una de las más hermosas y privilegiadas del mundo, tomemos conciencia de la magnífica complejidad de nuestra composición étnica y cultural, creemos lazos firmes que unan a la población en un orgullo común y un proyecto común, y nos comprometamos a ser un país, y no un nido de exclusiones y discordias donde unos cuantos privilegiados, profundamente avergonzados del país del que derivan su riqueza, predicán día y noche un discurso mezquino de desprecio ó de indiferencia por el pueblo al que nunca supieron honrar ni engrandecer, que siempre les pareció un “país de cafres”, una especie subalterna de barbarie y de fealdad”

William Ospina
¿Dónde está la Franja Amarilla?



Es importante repensar, nuevamente y hasta el cansancio, la posición de las bases sociales del país; ejecutar acciones de orden político dirigidas a la enunciación y denuncia de la despolitización de las élites y de los ideales políticos tradicionales. Es importante propiciar la emergencia de una necesidad histórica y social por reivindicar los derechos y las aspiraciones sociales por revocar un orden tradicional que sólo ha dejado como saldo un devenir histórico cíclico encerrado en la repetición de sus errores y en la disolución de los derechos de oposición política y de revolución social. Este libro es una respuesta a la importancia de recordar, a la importancia de no olvidar, de mantener clara cual ha sido nuestro pasado y cual es nuestro presente y, en respuesta a ello, cual será nuestro futuro, un futuro que no se puede reformular si no se conoce la historia de la cual somos hijos.



Así Hablaba Zaratustra
Friedrich Nietzsche

De todo lo escrito amo solamente lo que
está escrito con sangre.
Escribe con sangre y aprenderás que
la sangre es espíritu.

Las luchas y las guerras colombianas han sido episodios recurrentes y han marcado un proceso que se ciñe, sin novedad alguna, a unas formas absurdas y violentas de asesinato de quienes esgrimen con fuerza la voz del pueblo. Esta es la constante colombiana, la realidad colombiana, una y otra vez quienes han hablado por el pueblo, en favor de una verdad, un tanto esquiva, han sido acallados por el deseo incontrolable del poder de las élites que, de manera tradicional, han dirigido el destino de Colombia.

BOGGOTAZZO



Es el caso de Gaitán (y de muchos otros como él que han soñado con un país mejor) que reinventaron, en el contexto nacional, las nociones de política y de políticas para encaminar una lucha justa y sin fronteras por la consecución de los derechos de los colombianos en una visión incluyente y, muchas veces, incluso romántica. La historia en este país, es fácilmente divisible en el antes de Gaitán y el caos social y político que se originó con su asesinato, con la muerte de sus ideas y, con ellas, la muerte de la esperanza por un gobierno del pueblo y para el pueblo.

Manifestación del Silencio



Gaitán: el único caudillo que ha visto nacer este país y él único hombre que tras haber sido asesinado, puesto que fue su figura y todo lo que él representaba, hizo posible uno de los levantamientos sociales más monumentales y fatídicos de la historia colombiana. Sin duda alguna el Bogotazo y la época de la Violencia de los años cincuenta, que le siguió, transfiguraron por completo la historia de éste país y son sucesos fundamentales para poder comprender la realidad actual de Colombia.

Gaitán emerge, entonces, como una figura mítica en la historia colombiana, una figura que encaminó las luchas políticas hacia al campo social e hizo evidente que la realidad colombiana se disipa, y se ha disipado de manera tra-

dicional, en discursos hermosos, pero también muertos de élites ignorantes en cuanto a lo que es y lo que le pasa a su pueblo. La tradición política ha librado sus batallas dentro de un círculo social que, con los años, se ha visto afinado y

Bajo el peso de una honda emoción me dirijo a vuestra Excelencia, interpretando el querer y la voluntad de esta inmensa multitud que esconde su ardiente corazón, lacerado por tanta injusticia, bajo un silencio clamoroso para pedir que haya paz y piedad para la patria.

7 de febrero de 1948

En todo el día de hoy, Excelentísimo señor, la capital de Colombia ha presenciado un espectáculo que no tiene precedentes en su historia. Gentes provenientes de todo el país, de todas las latitudes —de los llanos ardientes y de las frías altiplanicies— han llegado a congregarse en esta plaza, cuna de nuestras libertades, para expresar la irrevocable decisión de defender sus derechos. Dos horas hace que la inmensa multitud desemboca en esta plaza y no se ha escuchado sin embargo un solo grito, porque en el fondo de los corazones sólo se escucha el golpe de la emoción. Durante las grandes tempestades la fuerza subterránea es mucho más poderosa y esta tiene el poder de imponer la paz cuando quienes están obligados a imponerla no la imponen.

0



ha encaminado sus objetivos políticos al mantenimiento de dicho orden, al sesgo de las ideas políticas renovadas y a la búsqueda de nociones de equidad y justicia.

Es importante entender, entonces, que Gaitán se posesiona con un discurso que apelaba a una democracia real, tal vez soñada por que lo democrático se ha confundido con un sin número de ¿sinónimos? que han apelado por la destitución de los principios básicos que lo solventaban y han terminado confundiendo y desvirtuándose hasta llegar a las simples ideas de la posibilidad (no ejercida) del voto, a la incidencia del sustrato social que se expande como raíces indispensables para la construc-

ción de un proyecto democrático. Gaitán es, así, la voz del pueblo, él mismo se proclamaba como líder y vocero de una capa social que, bajo el peso de las tradiciones antagónicas de los partidos, había sido excluida (y siguió siéndolo tras su asesinato) del entramado político nacional.

El asesinato del líder se ve, entonces, como el asesinato mismo de esa reconciliación histórica de las inmensas mayorías (sumidas en la pobreza y víctimas comunes de la violencia, muchas veces política) con la posibilidad de la representación política. Este hecho ha desencadenado la emergencia de Gaitán como una de las figuras políticas nacionales más importantes y como el

nacimiento de un movimiento y de una voz que se esgrime dentro de todos los niveles de la sociedad colombiana.

Gaitán y el gaitanismo son dos fuentes vigentes, su pensamiento habla, aún hoy, de las tragedias de este país abogadas en la clásica disputa de las élites por el poder; el discurso que adoptó el líder se dirigía hacia una lucha por los derechos reales de todas las personas, tal vez en éste hecho, en ese sentir de lo político como una capacidad para generar bienestar, se encuentra la vigencia de Gaitán, en Colombia como país y en su población como nación.

El gaitanismo constituye, así, un movimiento, académico y popular, que se ha perpetuado en el tiempo y que ha



abierto las puertas a una reflexión con un mayor grado de conciencia acerca de la situación de quienes están, y siempre han estado, menos favorecidos (y que, de manera paradójica, son la mayoría), acerca de una realidad que ha trastocado toda la estructura de esta sociedad, que ha enmarcado su desarrollo en una serie de luchas sangrientas consecutivas e infructuosas y que ha derivado en el establecimiento de una guerra sin tregua por más de medio siglo, agotando el tejido social y la legitimidad del pueblo y por el pueblo.

Con Gaitán se ciñe una historia, se resumen miles de clamores de personas que intentaron trastornar el orden social y dar cabida a muchos “sueños” de reivindicación social. Con Gaitán, nace y es asesinada la idea de una justicia social real, de un país más humanos y menos elitista, de una nación ya sin guerras. Con Gaitán se inserta el ideal, presente en muchas figuras que han sido partícipes del sueño de Colombia, de una manera real y esperanzada en la muerte de una clase política desvinculada de su base social.

Entonces, la figura de Gaitán debe ser rescatada de la base de la historia como la fuente de la coyuntura más importante, y más sangrienta, que ha sufrido Colombia como Estado y como Nación. Gaitán es el punto de partida para entender todos los procesos que se desencadenaron tras su muerte, porque fue a raíz de lo que él en sí





mismo era que el pueblo se sublevó y se inició de manera inminente la época de la violencia más recrudescida en Colombia.

Gaitán es asesinado la tarde del 9 de abril de 1948, siendo candidato por el partido liberal para la Presidencia de Colombia para el período de 1950 –

1954 y tras el período presidencial del conservador Mariano Ospina Pérez. No se sabe en realidad todo lo que se estaba gestando tras la escena política colombiana en ese momento, lo cierto es que Gaitán con su discurso a favor del pueblo y lleno de tendencias alusivas a una democracia real que prometía las reivindicaciones políticas, sociales, económicas que el pueblo colombiano había estado esperando por largos años.

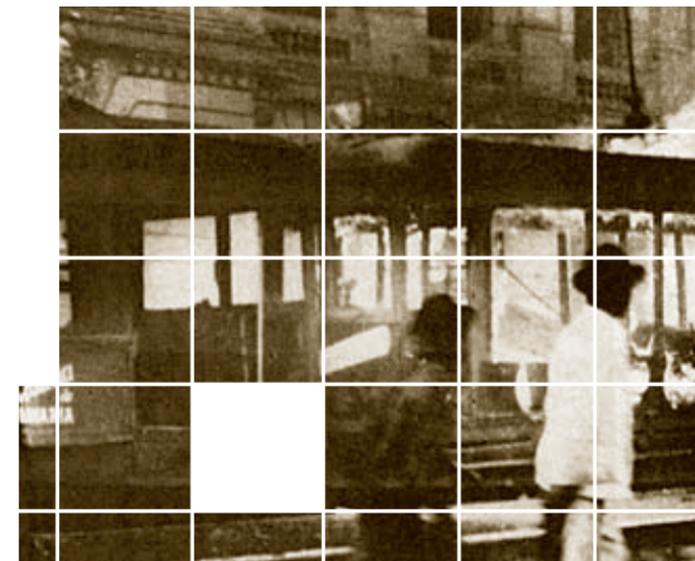
Tras su asesinato el pueblo se transforma en una masa enardecida y, en cierta forma, decidida: Juan Roa Sierra es asesinado de la manera más brutal, es arrastrado por las calles de la ciudad, su cuerpo entero queda destrozado por

las torturas y los golpes, muere trágicamente y condenado a cargar con el estigma histórico de haber matado a Gaitán. La ciudad entera enloquece, saqueos, robos, muertes, la gente se encierra en sus casas, con miedo, con terror; en las calles las personas se matan por sólo llevar un color, rojo y azul eran razón suficiente para morir ese día: la radicalización extrema del conflicto popular entre liberales y conservadores, la ciudad se llena de muertes y de silencio, Bogotá se suspende en el tiempo, en un tiempo de horror y dolor del que jamás se podrá olvidar.

La ciudad se mantuvo sitiada por varios días, los cuerpos en las calles se podrían y la vida se hizo insoportable,

triste recuerdo para un país tan sufrido, que se ha desgastado tanto.

El conflicto se recrudece y aunque los asaltos en la capital van menguando en el transcurso de esa semana, estalla

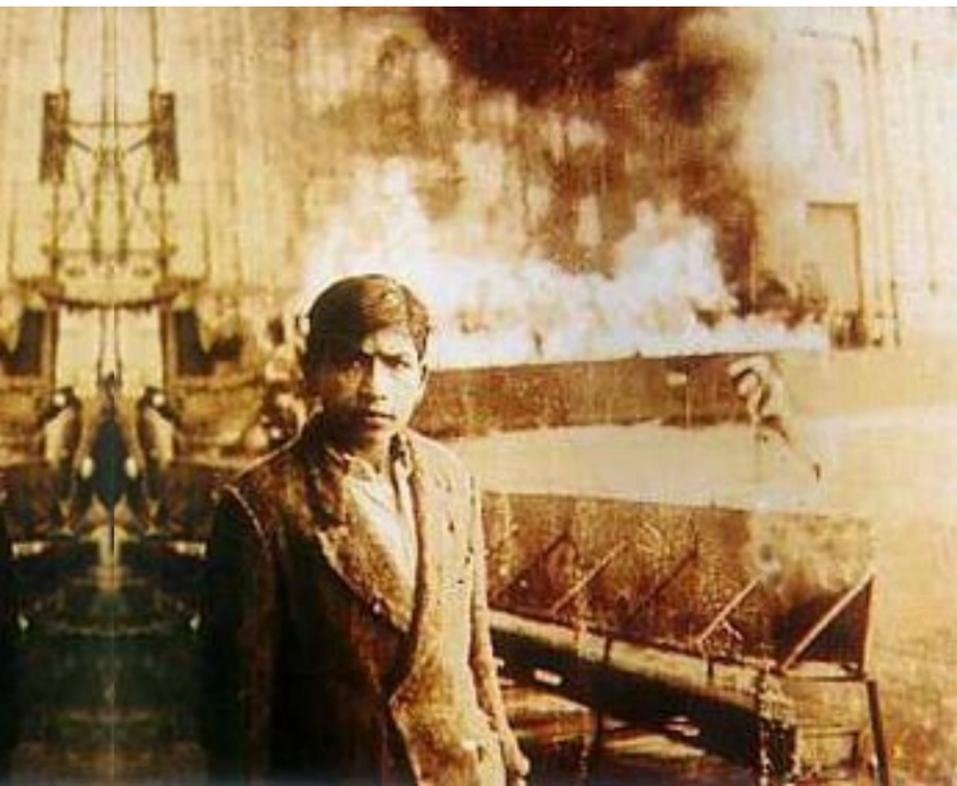


una guerra sin nombre, entre liberales y conservadores, que se extiende por todas las veredas del país dando lugar a lo que se ha conocido como la época de la Violencia.

Laureano Gómez asume el poder, tras las elecciones presidenciales de noviembre de 1949 y sin enfrentarse a ningún opositor, el país es declarado en Estado de Sitio en 1950 y el Congreso es cerra-

do, clara evidencia de la falta democrática efectuada contra el pueblo colombiano. El gobierno de Gómez es declarado ilegal debido a la censura y la falta a la libertad de expresión. El partido conservador presenta la propuesta de una nueva constitución, hecho que va a ser el detonante que permita la ejecución del golpe de Estado perpetrado por el General Gustavo Rojas Pinilla el 13 de junio de 1953.





Durante este periodo el Estado colombiano empequeñece, no hay forma alguna de controlar los asaltos, de disminuir las muertes, los grupos paramilitares conservadores, los chulavitas exterminan por doquier, terribles atentados se comenten pasando por encima de los derechos humanos. Es el germen de las denuncias con las que luego se erigirán, a finales de la década, todos los grupos insurgentes.

La ciudad se quemó, y con ella el sueño de un gobierno populista, pero lo más trágico deviene al comprender que la muerte de Gaitán y el Bogotazo fueron la culminación de un periodo de tensión política acumulada, debido al sectarismo nacional y a la opresión política dirigida por los líderes políticos de la nación. Pero también el Bogotazo marca el punto de ruptura, la coyuntura crucial que dio paso a todos los acontecimientos que se desencadenaron después dentro del país, generando una nueva historia nacional, después de la época de la violencia.



*“No soy una persona, soy un pueblo”
“No soy un pueblo, soy una persona”*

En la historia de Colombia se han presentado una gran diversidad de momentos en los cuales las coyunturas y las transiciones políticas presentadas han devenido en unas condiciones concretas, reformando por completo las condiciones políticas y sociales del país. El Frente Nacional (que duró de 1958 hasta 1974) fue producto de una coyuntura política de gran alcance para Colombia, se instituyó en respuesta a la dictadura militar, establecida por el General Gustavo Rojas Pinilla en 1953 y que terminó con su derrocamiento en 1957.

The image shows the letters 'FR' in a large, bold, serif font. The letters are filled with a textured, organic pattern of green and yellow, resembling moss or a natural surface. The letters are positioned on the right side of the page, partially cut off by the edge.

RENTE NACIONAL

Los líderes de los dos partidos tradicionales, representados por Alberto Lleras Camargo (en nombre del sector liberal) y Laureano Gómez (en nombre del sector conservador), firmaron un pacto en la ciudad española de Sitges, que se consolidó en un acuerdo de:

Paridad entre liberales y conservadores para ocupar los distintos cargos de la administración pública.

Alternar el cargo de Presidente de la República durante un período de dieciséis años (dos Presidentes liberales y dos conservadores).

Buscar la manera de acabar con el odio y la violencia entre los dos partidos, violencia que, tan sólo durante la década de 1950, ya había acabado con la vida de miles de colombianos.

En este sentido, el Frente Nacional se instauró como un régimen de coalición, de los dos partidos, que buscaba consolidar una alianza para repartirse, de manera ecuánime, el poder político y, consecuentemente, el control del país entre ellos y garantizar, mediante la institución de una normatividad_



bastante severa al respecto, el monopolio sobre dicho poder: en este orden, ningún partido, facción ó movimiento ajeno a las tendencias liberales ó conservadoras podía insertarse dentro de la dinámica política nacional, además del hecho de que resultaba catalogado como subversivo. El pueblo colombiano se vio excluido, por completo, de los procesos políticos; además del hecho de

que los dirigentes ya estaban seleccionados de manera predeterminada (por acuerdo se decidió que Alberto Lleras sería el primero en aplicar a la Presidencia y, en efecto, fue el primer presidente del Frente Nacional), al pueblo le fue socavado el derecho a la acción política, a la colectivización y a la movilización en búsqueda de la concreción de determinados ideales.

Es importante resaltar que aunque uno de los fines claros proclamados por los partidos en relación con la implementación del Frente Nacional, hacía alusión a la consecución de las garantías de seguridad nacional y a la erradicación de las tendencias violentas que habían caracterizado la década de los cincuenta, durante los dieciséis años proliferaron algunos de los grupos in-

surgentes más importantes en la historia del país: las FARC, en respuesta al ataque sobre Marquetalia_ que se llevó a cabo el 14 de Junio de 1964 (que muchos autores han catalogado como uno de los más grandes errores históricos de Colombia); el ELN con la famosa Toma de Simacota; y por último, el M-19 (Movimiento 19 de Abril) constituido durante el gobierno de Misael

Pastrana, en 1970, como un ala radicalizada de la ANAPO.

Durante este período, instaurado en acuerdo mutuo de ambos partidos como la única salida a los problemas devenidos de los tiempos de la violencia y de la violencia en sí misma (a raíz de los enfrentamientos bipartidistas, ya que la mayoría de la población se declaraba, entonces, liberal ó conservadora); los partidos fueron generando, en razón de la alta concentración de fuerzas, una tendencia homogenizadora que, poco a poco, fue tergiversando los matices distintivos de cada uno de ellos y los configuró en una suerte de sistema unipartidista: “con éste mecanismo se redujo la violencia partidis-

ta, no menos cierto es que dio origen a otras formas de violencia al mismo tiempo que los dos partidos se tornaban más homogéneos y se desvanecía el ya frágil “carisma tradicional” de sus representantes.”

Es claro que los dos partidos tradicionales colombianos se insertaron en una dinámica cambiante, que se instituía como un fenómeno de transición entre la dictadura y, lo que se esperaba que luego fuera, un Gobierno Democrático, pero en términos reales, sólo llegó a ser una democracia de carácter restrictivo y limitante. Si bien es cierto que el Frente Nacional consiguió menguar un poco el caos que se vivía, que los niveles de violencia política, en relación a los

enfrentamientos entre liberales y conservadores y los crímenes políticos que se ejecutaban en su nombre, disminuyeran y que se retornara a una especie de tranquilidad en el país, la realidad es que las medidas represivas y excluyentes que se instauraron contra cualquier grupo disidente ó tipos de terceros partidos crecieron en igual medida, el Frente Nacional no permitió una transición política clara y salvaguardadora del régimen democrático, sino que tergiversó las tendencias políticas.

Ahora bien, ¿qué fue lo que pasó con cada uno de los partidos tradicionales?, la alianza que entre ellos generaron, y que ya se intuía en el ambiente político desde antes de la derroca de Rojas Pi-





nilla (Alfonso López Pumarejo ya había hecho, previamente, alusión a la necesidad de generar un pacto de alianza entre los dos partidos), terminó por eliminar las nociones de competitividad_ que se habían establecido desde hacia más de un siglo cuando, en 1847 y 1848, habían surgido liberales y conservadores como partidos políticos, y que permitían, para el pueblo colombiano y para ellos mismos, la distinción entre lo que cada uno de ellos representaba políticamente_. Así, al coalicionar en un régimen de alianza y desempeño estratégico, las diferencias entre lo que eran los conservadores y lo que eran los liberales, lo que ellos representaban y ofrecían ideológicamente, dejaron de ser

evidentes para la mayoría y se tendió a mezclar la esencia de ambos partidos. Como partidos, cada uno de ellos ofrecía una tendencia clara y contundente: liberales y conservadores habían sido, por tradición, las formas ideológicas que representaban el sistema político colombiano. Con el advenimiento y la instauración del Frente Nacional, cada

vez se fueron volviendo más semejantes y parecidos, esa frontera que hacia de cada uno de ellos un partido diferente se fue desvaneciendo y dio curso a la apariencia de un sistema bipartidista que se comportaba, en cada uno de sus lados, de manera similar.

El hecho de que la coalición haya sido tan grande, eliminó las fronteras ideo-





lógicas y políticas que había entre ambos partidos, e hizo que se lindara sobre el margen del unipartidismo. Además, si se tiene en cuenta la fuerte represión que se desató contra los grupos disidentes y de diferente tinte ideológico, y el simple hecho de que en el Pacto de Sitges estuviera consolidado, entre los términos del acuerdo, que el poder político del Estado colombiano sería alternado y compartido de manera equitativa entre Liberales y Conservadores, ya con esto se eliminaba de tajo la posibilidad de acceso al poder de cualquier otro partido. Liberalismo y Conservadurismo, así, eliminaron cualquier posibilidad de competencia y se instauraron en el poder político por cuatro períodos

presidenciales excluía, a la fuerza y con el amparo de la legalidad y la legitimidad del sistema político, cualquier vestigio de oposición. Aún así, fue durante este periodo que surgieron los grandes grupos armados al margen de la ley (como ya se había mencionado) y que se dieron escenario grandes movimientos de tinte social y popular que buscaban contrarrestar la fuerza política ejecutada desde el Frente Nacional.

Así, durante la época se dieron numerosas protestas y movilizaciones populares, grupos de campesinos e indígenas, estudiantes, obreros, sindicatos laborales y hasta grupos de mujeres, entraron en la escena política en búsqueda de la reivindicación de sus derechos políticos (estos constituido, algunos de ellos, como movimientos sociales). También se generaron algunas organizaciones políticas y civiles como la ANAPO, el ANUC y el MOIR.

El Frente Nacional buscó crear un proceso de relegitimación del sistema político, debido a la dictadura militar, que años atrás ellos mismos habían apoyado, la creencia en el sistema se había ido desmoronando; tras largos años de guerras civiles, de enfrentamientos desiguales entre la población y agentes armados, y la muerte de muchos colombianos, el Estado, y los mismos partidos tradicionales habían empezando a perder el respeto y la legitimidad que el pueblos tenía sobre ellos. La decisión de fortalecer la estructura estatal nacional y de consolidar ese intento mediante un pacto de partidos,

no hizo sino contrarrestar el efecto de un dismantelamiento que ya se había iniciado y que dejó, a los partidos (ahora confundidos con el partido) desprovistos de la dominación tradicional que sobre el país habían venido ejerciendo. Reflejo de esto es el abstencionismo que se vivió durante la época del Frente Nacional, si bien al comienzo el plebiscito contó con un respaldo de altas mayorías (95,2% a su favor), después los niveles de abstención alcanzaron más del 50%. El pueblo dejó de creer y dejó de ejercer su derecho al voto y a la elección (elección que de antemano ya se hallaba tomada).

Los gobiernos del Frente Nacional tuvieron un claro impulso progresista:

“el gobierno de la restauración” de Alberto Lleras Camargo (1958-1962); “el gobierno de la pacificación” de Guillermo León Valencia (1962-1966); “el gobierno de la modernización económica” de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970) y “el gobierno de las cuatro estrategias” de Misael Pastrana Borrero (1970-1974); todos ellos consecutivos en sus desarrollos y postulados bajo los marcos instaurados por su predecesor. Este hecho confundió aún más las corrientes ideológicas a las respondía cada uno de los partidos.

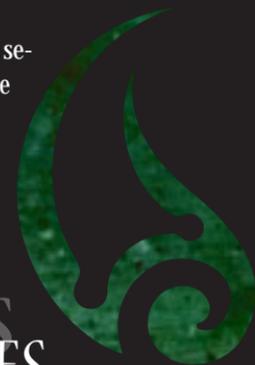
“Yo he dicho que soy revolucionario como colombiano, como sociólogo, como cristiano, como sacerdote. Considero que el Partido Comunista tiene elementos auténticamente revolucionarios y, por lo tanto, no puedo ser anticomunista ni como colombiano, ni como sociólogo, ni como cristiano, ni como sacerdote. No soy anticomunista como colombiano, porque el anticomunismo se orienta para perseguir a compatriotas inconformes, comunistas o no, de los cuales la mayoría es gente pobre.

No soy anticomunista como sociólogo, porque en los planteamientos comunistas para combatir la pobreza, el hambre, el analfabetismo, la falta de vivienda, la falta de servicios para el pueblo, se encuentran soluciones eficaces y científicas.

No soy anticomunista como cristiano, porque creo que el anticomunismo acarrea una condenación en bloque de todo lo que defienden los comunistas y, entre lo que ellos defienden, hay cosas justas e injustas. Al condenarlos en conjunto, nos exponen a condenar igualmente lo justo y lo injusto, y eso es anticristiano.

No soy anticomunista como sacerdote, porque aunque los mismos comunistas no lo sepan, entre ellos pueden haber muchos que son auténticamente cristianos. Si están de buena fe, pueden tener la gracia santificante y si tienen la gracia santificante y aman al prójimo se salvarán. Mi papel como sacerdote, aunque no esté en el ejercicio del culto externo, es lograr que los hombres se encuentren con Dios, y, para eso, el medio más eficaz es hacer que los hombres sirvan al prójimo de acuerdo a su conciencia.”

MENSAJE A LOS COMUNISTAS
CAMILO TORRES





A lo que se quiere llegar, es al hecho indiscutible que, bajo la apariencia de un sistema bipartidista nacional que había estado funcionando por más de un siglo, durante el Frente Nacional, liberales y conservadores perdieron su identidad política (y con ello el respaldo del pueblo colombiano) y se fusionaron en una suerte de partido único que se erigió durante dieciséis años imposibilitando el juego político democrático que, en principio, se había buscado restablecer. En cambio, y por igual, se desataron nuevas olas de violencia de tinte político que recrudecieron la realidad de los conflictos nacionales y abrieron paso a una nueva cara de la historia colombiana, una cara que aún hoy se vive y que ha dejado como saldo la despolitización de las instituciones públicas y la pérdida de la legitimidad del Estado en gran parte del territorio.



Porque quien no conoce su historia
está condenado a repetirla...

El 6 de noviembre de 1985, a las 11:30 de la mañana, irrumpieron por el sótano 28 guerrilleros del M-19, pertenecientes a la Compañía Iván Marino Ospina, dirigidos por el Comandante guerrillero Luis Otero, y respaldados con siete compañeros más dentro de las instalaciones del Palacio y otros siete fuera de él. En un operativo conocido como “Antonio Nariño por los Derechos del Hombre”, el M-19 buscaba juzgar al presidente Belisario Betancur por haber incumplido con el acuerdo de “cese al fuego y de diálogo” que había sido firmado el 24 de Agosto de 1984 por ambas partes, en una de las reuniones más controversiales de la historia colombiana.

TOMMA DEL PALACIO DE
JUSTICIA



Varias cosas hay que señalar, entonces, antes de establecer cuales fueron los orígenes de la idea de la toma al Palacio de Justicia, y cuales las consecuencias más terribles para la legitimidad política de las guerrillas colombiana, para el gobierno como agente de protección y de justicia para los colombianos, y para el imaginario mismo de la sociedad colombiana.

El Moviendo 19 de Abril aparece en la escena pública en esa fecha del año 1974, de carácter marxista-leninista y con puesta política claramente definida bajo la tendencia de la militarización de la política. Dirigido por figuras como Jaime Bateman (legendario guerrillero colombiano), Alvaro Fayad Delgado e Iván Marino Ospina (quienes planearon el operativo de la toma del Palacio) y Carlos Pizarro Leóngomez. Se les atribuyeron operativos de gran envergadura y alto alcance como lo fue el robo de la espada de Bolívar; el robo de armas del Cantón Norte del Ejército en Bogotá; la toma de la Embajada de la República Dominicana, el desembar-



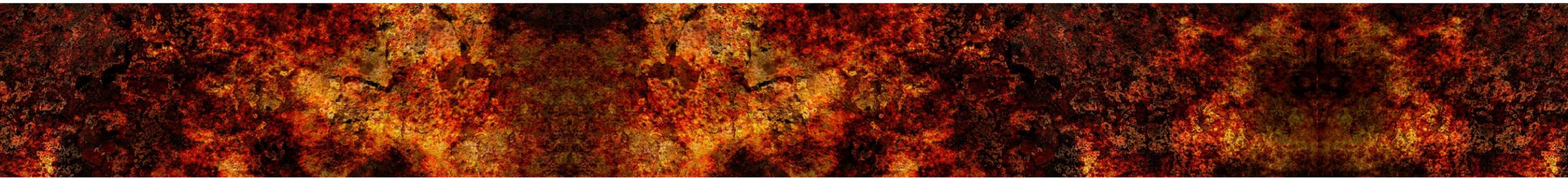
co de guerrilleros por el Pacífico y la toma al Palacio de Justicia, entre otros, todos dirigidos a entablar una guerra contra la guerra:

“El M-19 está hoy listo, maduro, sereno para ir a todos los diálogos, a todos los encuentros, a todos los pactos que tengan por sentido la paz y por objetivo la justicia y el cambio en Colombia (...) La guerra que nosotros hacemos es

una guerra contra la guerra, dispuestos a todo dentro de la democracia, pero no dentro de la democracia rococó de oropel o de formas que hemos vivido hasta hoy, sino la democracia de la nación colombiana” (Pizarro, Carlos 1988: p 99 y 100)

La Toma al Palacio de Justicia fue un operativo que se preparó en aras de realizar un juicio público al presidente

Betancur por lo que ellos habían denominado, una traición al pacto y al acuerdo de paz. La consigna del presidente había girado en torno a las negociaciones de paz y a la consolidación de acuerdos con las guerrillas, proceso que había liderado con el M-19 y que parecía poder dar frutos. La realidad es que por ninguno de los dos lados se cumplió con el acuerdo y la guerra de guerrillas

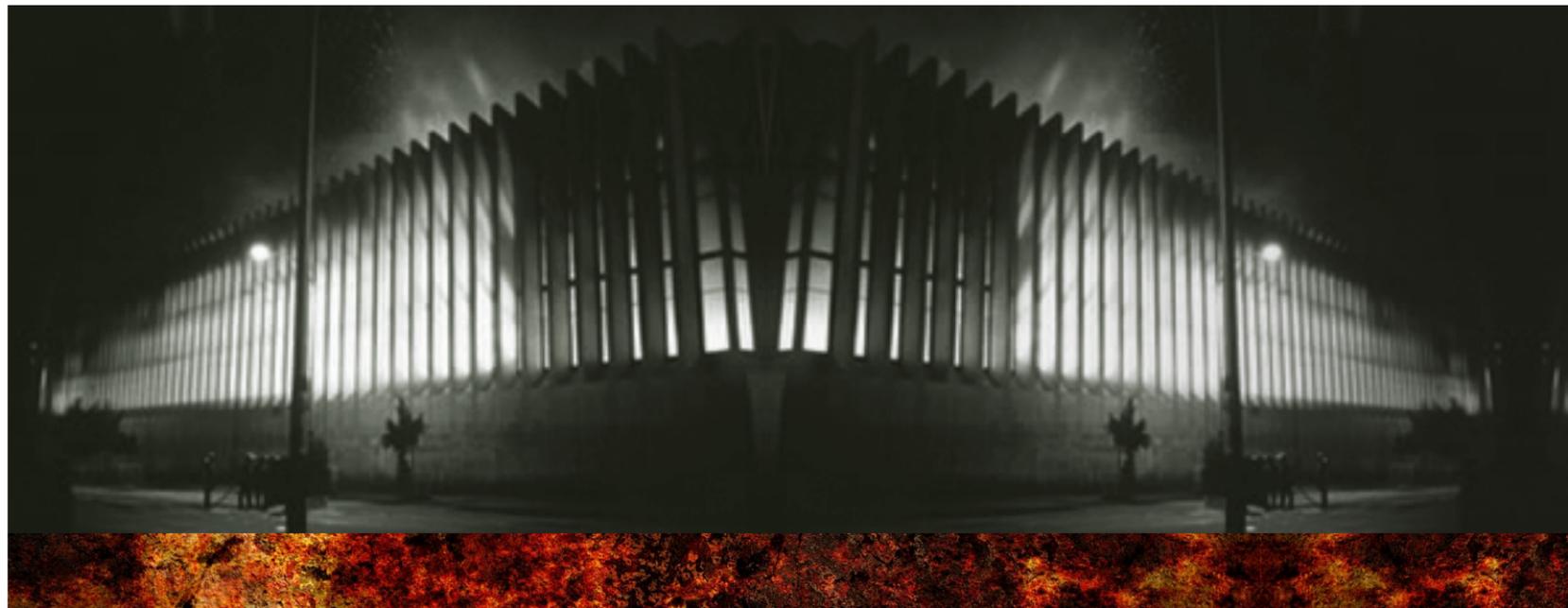


siguió siendo un hecho innegable. Además, de otro lado, el movimiento tenía relaciones con el capo Pablo Escobar, lo que le restaba legitimidad a su movimiento, y lo que debilitó su argumentación cuando ellos culparon a las fuerzas armadas por la catástrofe de la toma del Palacio.

Lo cierto es que el presidente ordenó inmediatamente la operación “Rescate del Palacio”, que fue dirigida por el General Jesús Amado Arias Cabrales (el único miembro de las fuerzas militares que fue castigado por el hecho a través de su destitución) y que volcó con todas las fuerzas un ataque al Palacio para recuperarlo, se usaron tanques, rockets, granadas, gases; gracias a la rapidez de los actos un alto número de rehenes, entre quienes se encontraban los magistrados de la Corte, el Presidente de la Corte Suprema de Justicia, el personal de trabajo del Palacio y algunos visitantes. El Palacio estuvo sitiado por más de veintiocho horas, y ardió quemado por el incendio de los archivos (más de seis mil carpetas de procesos se perdieron), dejó un saldo de numerosos muertos, entre los

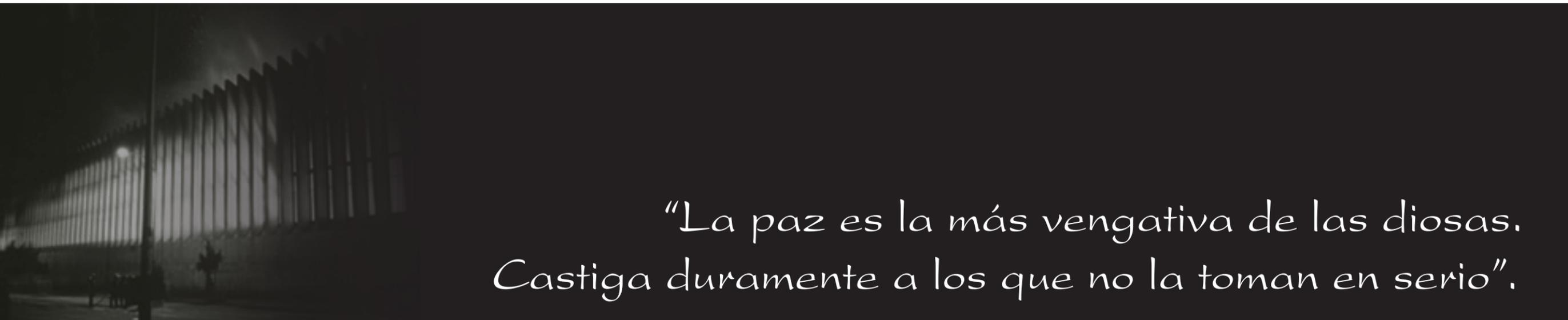
que se cuenta 11 magistrados, el Presidente de la Corte y casi todo el comando guerrillero, además de civiles y trabajadores del Palacio que quedaron atrapados en el cruce de fuegos.

Son varias las cosas que se han dicho en torno al asalto despiadado del Palacio, y sin lugar a dudas la culpa no sólo recae sobre la misma toma perpetrada por el M-19. El Presidente Betancur nunca quiso ordenar el cese al fuego, incluso cuando el Presidente de la Corte lo pidió para que fuera posible proceder a un proceso



de conversación que evitara la muerte de todos los allí presentes. El ataque despiadado por parte de las Fuerzas Armadas sólo logró empeorar las cosas, puesto que no hubo un análisis real de la situación sino un mero ataque frontal dirigido a aniquilar a las fuerzas guerrilleras, acabando ellos mismos con la vida de muchos civiles y violando la consigna de defensa de la vida y de protectores del pueblo.

Existen, entonces, unos precedentes claros en cuanto a lo que sucedió, principalmente uno que ha desvirtuado el ideal político con el que fue planeado el atentado y que ha pervertido la ideología misma bajo la cual se accionaba el ejercicio del M-19. Para ese momento se estaba realizando un proyecto de ley que giraba en torno a la extraditación, proyecto que era dirigido por el Presidente de la Corte Suprema



*“La paz es la más vengativa de las diosas.
Castiga duramente a los que no la toman en serio”.*

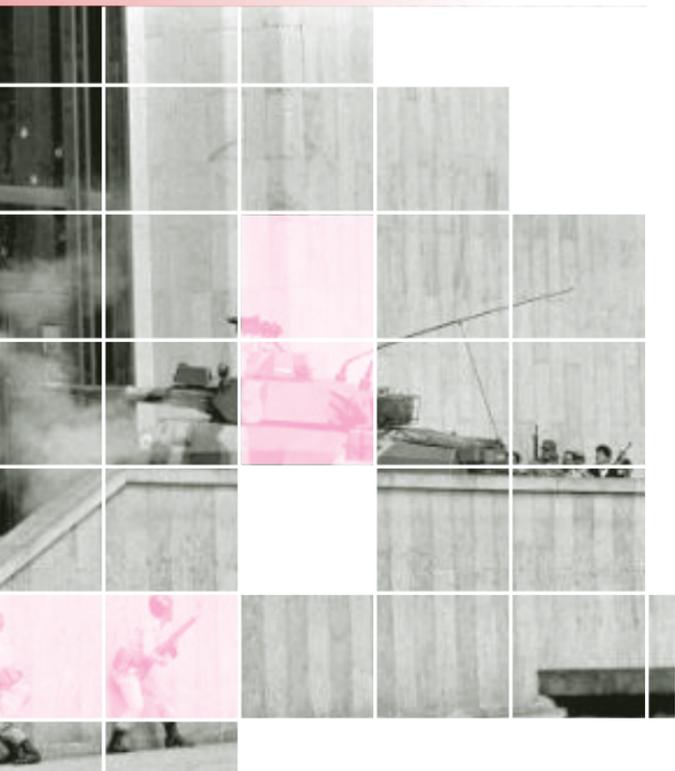
No quiero recordar más

“A veces me gustaría decir no quiero recordar más, no quiero que me vuelvan a recordar el tema. En lo personal es absolutamente doloroso, pero para el país es un símbolo que no podemos dejar olvidar, porque el [Holocausto del] Palacio es la forma de recordar el horror de hasta dónde puede llegar la guerra. El Palacio es para decir nunca más, para decir esta es la barbarie y no queremos volver a tenerla.”



Alexandra Sandoval Mantilla
hija del Magistrado auxiliar inmolado Emiro Sandoval
Huertas. Al momento del Holocausto tenía 2 años de edad



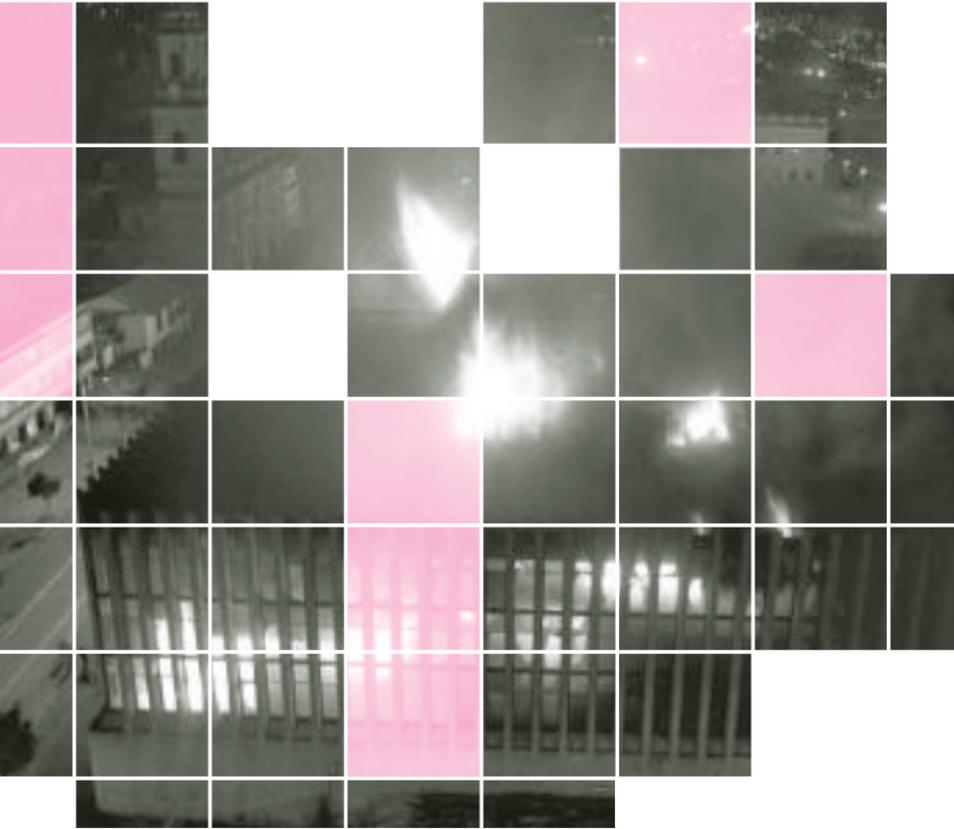


de Justicia Alfonso Reyes Echandía, y cuatro magistrados que componían la sala constitucional de la corte: Manuel Gaona Cruz, Carlos Medellín Forero, Ricardo Medina Moyano y Alfonso Patiño Roselli. Antes del atentado ya se había realizado una petición para brindarles seguridad a ellos; además existía un anuncio de la posibilidad de la toma, por lo que la seguridad en el Palacio fue reforzada durante un tiempo, desde el 17 de Octubre hasta el 1 de Noviembre, para evitar el peligro, pero, de igual manera, fue retirada por las constantes quejas de los abogados litigantes y de los visitantes.

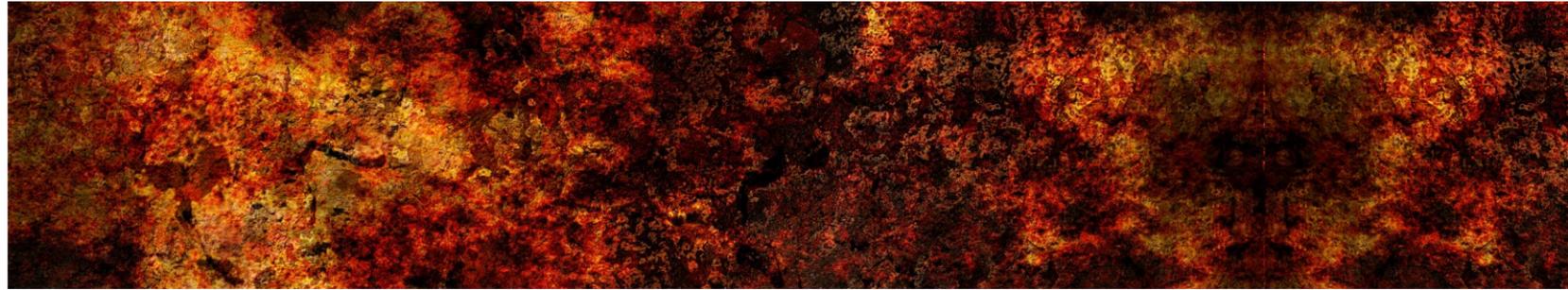
Ahora, se sabía que el M-19 tenía vínculos con Pablo Escobar, y existe el ru-

mor de que fue él quien les ayudó a conseguir el armamento que se utilizó en la toma. No se puede negar que a Pablo Escobar le interesaba acabar con el proyecto de ley y en la toma al Palacio resultaron muertos los cuatro magistrados, el Presidente de la Corte y se quemaron todos los archivos pertinentes a la investigación, una casualidad histórica demasiado conveniente como para pasarla desapercibida.

Muchas hojas se llenaron en el proceso que se hizo a la toma del Palacio de Justicia, pero todavía no existe nada claro sobre lo que realmente pasó, ni mucho menos existen procesados e inculcados por las culpas de lo sucedido. Personas murieron y derechos humanos fueron violados, existen desaparecidos y cuerpos no identificados y el Estado no hace nada, no dijo nada, el presidente Betancur debió atender el llamado de cese al fuego no sólo por la barbaridad con que se arremetió en la misión “Rescate del Palacio”, sino porque la vida de muchas personas se hallaba en juego; asumió la posición de un “Estado - avestruz: eludir el problema y tapar las consecuencias” (Jimeno, 1999). El M-19 nunca admitió que lo acontecido fuera parte del operativo, más bien lo asocian a las acciones despiadadas emitidas por el Ejército Nacional; tampoco aceptaron la versión, dada por el gobierno, según la cual Pablo Escobar metió la mano en la toma para deshacerse del problema de la ley de extradición, ley que al año siguiente fue descontinuada y denegada.



El resultado, es el mismo de siempre, quienes salieron más perjudicados fueron una población vulnerable, inocente frente a las consignas tanto del gobierno como de la guerrilla; muchos murieron, entre ellos una de las corte más valoradas de la historia colombiana, pero las mayores muertes fueron la del proyecto político reivindicativo de las guerrillas nacionales, por un lado, no sólo por las consecuencias nefastas de la toma, sino porque cargaron con la culpa social de haber perpetrado uno de los acontecimientos más trágicos de la historia nacional, y por el otro lado, la legitimidad otorgada al Ejército Nacional y al Gobierno Nacional como agentes encargados de garantizar la vida y su defensa a la población que cobijan.



“Colombianos: “Las armas os han dado independencia,
las leyes os darán libertad”

La violencia política que ha azotado a Colombia durante años, durante casi la totalidad de su historia, ha desencadenando millones de tragedias para todos los que han habitado en sus tierra y ha vestido al país de un luto que, de una u otra manera, se ha vuelto permanente. La violencia, en este sentido, siempre ha venido acompañada de una tolerancia generalizada hacia ella, por parte del gobierno que nunca hace nada (el Estado avestruz es vivificado en su máxima expresión en Colombia), por parte de la gente que se ha acostumbrado a ella, por parte de las élites que nunca, ó muy raras veces, son las afectadas, por parte de un miedo que se ha vuelto aún más inmenso que las ganas mismas de todo un pueblo.

GENOCIDIO

DI ODELA
UNION PATRIOTICA

Manuel Cepeda Vargas

Rafael Pedraza

Crispulo Muñoz G

Norberto Garzón

Leoncia Morales

Leonardo Posada

Gustavo Alonso Macias

Pablo Caicedo

Hernán Calderón

Mauricio Tote Yace

Jesús García

Raúl Andrade Chaparro

Julio Cesar Uribe

Pau

Faustino López

Vladimiro Escobar

Jaime Loaiza

Diana Cardona S.

José A. Quiróz

Leonel Forero

José Leonardo Mart

José Rodrigo García

Bernardo Jaramillo Ossa

Carlos Dario Cruz

Humberto Márquez

Pablo Córdoba

Rojas Parrado

Héctor Perdomo Soto

Fernando Bahamón

Miguel Angel Díaz

Hernando Yate

Marco Fidel Castro

Jairo Blandon

Francisco Luis Guzmán

José E. Barriga

Gustavo Vallejo

Pedro Luis Valencia

Oscar Jaramillo Marín

Avilio Cortés

Elino Chacón

Marco Antonio Sánchez

Dario Henao

Gabriel Briceno

José Rafael Reyes

Antonio Espitia

Noél Salazar

José Dario Rodríguez

Sandra Rondón

Elia C. Castro Parada

Alberto Angulo

Alvaro Garcés Parra

Albeiro Bustamante

Felix H. Saénz

Ismael Cortés

Jesús Antonio Martínez

Gildardo Castaño O.

Vladimir Cañón

Estívez

María Mercedes Méndez de García

Demetrio Aldana O

Luis Mejía López

Irián Suaza Jaramillo

Bernardino García

Medina Charry

María C. Bolívar

Jaime Berrio Cardona

García

María E. Castañeda

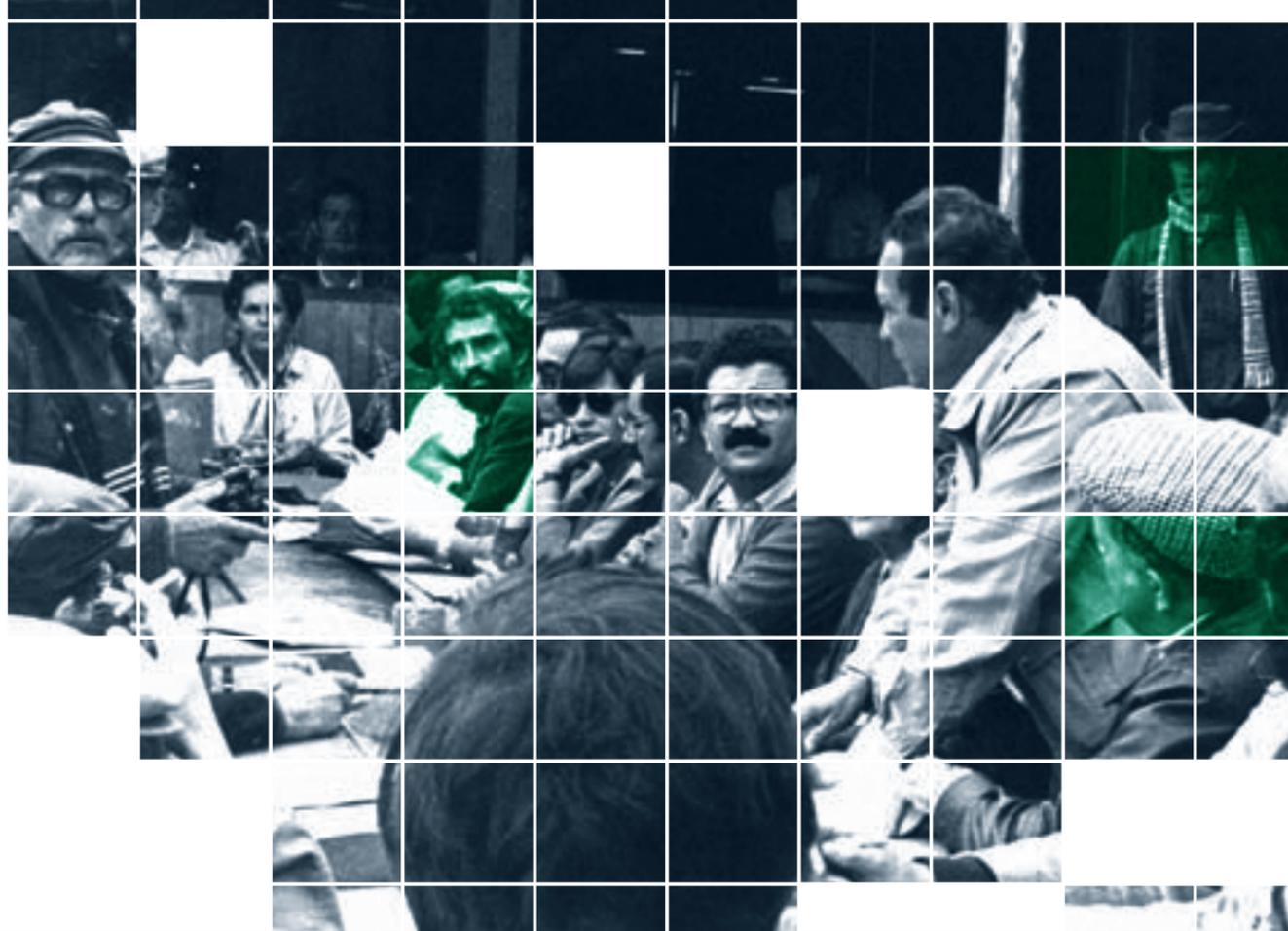
León Aguirre

Adela Acevedo

El caso del partido de la Unión Patriótica consolida los antecedentes más violentos de aniquilamiento y desaparición sistemáticos más concretos en la historia nacional por la filiación a un partido político de oposición. No sólo ha configurado toda una estructura de funcionamiento, sino que acabó por completo con el partido en un período de más de veinte años y que, aún hoy continua asesinando y desapareciendo a los sobrevivientes de la U.P. ó a los familiares y amigos de quienes murieron o nunca volvieron a aparecer; la intención ha sido clara: acabar con cualquier rastro que de testimonio de lo que fue la Unión Patriótica y de lo que sucedió a sus miembros.

Se habla en promedio de unas 5.000 personas asesinadas, desaparecidas y torturadas (un número que aún se considera provisional), entre los que se cuentan: dos candidatos a la presidencia, ocho congresistas, cientos de alcaldes y concejales, y miles de activistas locales. (Lozano, 2002)

De esta manera, el genocidio cometido contra la Unión Patriótica tiene un carácter de criminalidad masiva sistemática que ha perpetrado una serie de violaciones, no sólo a los derechos fundamentales de los seres humanos, sino que ha quebrantado cualquier posibilidad de oposición política amparada dentro de un país que funciona bajo un sistema democrático y que se proclama





a sí mismo bajo el ideal del respeto por la libertad de ideas y de filiación política. Es claro también, que la oposición organizada y representativa de un pueblo, porque es innegable la influencia que llegó a tener la U.P. en el período fuerte de su exterminio, no es permitida dentro de un sistema político que se rige en orden de una clase dirigente tradicional e histórica que garantiza para sí el ejercicio político.

Se pueden identificar, entonces, tres fases que se corresponden con tres etapas políticas del país y que permiten identificar el accionamiento contra la U.P. en cada uno de los contextos: en primer lugar está la fase de debilitamiento de todos los niveles organizati-

vos del movimiento, entre 1984 y 1992, la fase del “golpe de gracia” y de la normalización social del genocidio, entre 1992 y 2002, y por último la fase de exterminio de los sobrevivientes, del 2002 hasta ahora (fases trabajadas por Iván Cepeda, 2006, bajo las cuales se explicará el proceso de exterminio contra la U.P.).

En primer lugar es importante señalar que en Colombia la oposición política, en un ejercicio abierto y democrático, nunca ha sido permitida, siempre se han realizado una serie de atentados contra la libertad política y la libertad de ideas que ha imposibilitado cualquier ejercicio político real que garantice las mismas posibilidades y los mismos derechos para todos los actores en juego. Es cierto que existe una tradición política que ha gobernado al país de manera histórica y que ha consolidado las formas políticas para su beneficio, también es cierto que cualquier forma política que contraríe el régimen elitista y el orden sociopolítico colombiano ha sido blanco de procesos de asesinato y de desvirtuación en el ámbito político y nacional.

La Unión Patriótica surge en el gobierno del presidente Belisario Betancur, bajo el marco del proceso de negociación y como una forma de convergencia de fuerzas políticas de oposición que permitirían, con el tiempo, la incorporación de las guerrillas a la vida legal y como fruto de la firma de los “Acuerdos de la Uribe” en 1984. En este punto inicia, simultáneamente, el proceso de atentados contra sus miembros, no bien

habían iniciado su acción como partido político cuando ya eran blanco de hostigamientos, amenazas y atentados. Tras el rompimiento de los acuerdos y el fallo de las negociaciones entre gobierno y guerrilla, el partido quedó en una posición de alto riesgo al serle negado el apoyo del gobierno, en ese punto, y considerados como los voceros mismo de la insurgencia, por su filiación a la izquierda, inician los atentados directos contra la U.P.

La etapa más fuerte es la que corresponde al período comprendido entre 1984 y 1992. En respuesta a la acogida que tuvo el partido, el respaldo inmediato del PCC y los logros obtenidos para las contiendas políticas del 1986 y

1988, el ataque hacia sus miembros fue aún mucho más fuerte, el partido fue visto como un riesgo político y una posibilidad de acción política que debía ser eliminado de raíz. Lo que se buscaba era evitar que la colectividad se consolidara como tal, acabando con sus bases sociales y destruyendo sus estructuras organizativas a nivel tanto nacional como local.

El Ejército Nacional de Colombia y las fuerzas mismas nacionales accionaron diversos planes y misiones encaminados a acabar con los miembros de la U.P. y eliminar la fuerza que se ejercía en algunos municipios, es el caso de la “Operación Cóndor” (1985), el “Plan Baile Rojo” (1986) y el “Plan Esmeral-



da” (1988), donde lo que se quería era barrer la influencia del partido y eliminar a sus dirigentes y líderes regionales. Estas acciones fueron perpetradas por grupos paramilitares conformados en las zonas que actuaban bajo un amparo oficial y que cometían actos de tortura y masacre física en actos públicos para aterrorizar a la población.

En la siguiente etapa, se iniciaron nuevos planes, que fueron denunciados ante ministros del gobierno de Gaviria que atentaban contra los integrantes de la U.P., blancos nuevamente de atentados y asesinatos masivos, es el caso del “Plan Golpe de Gracia”, después de cuya denuncia fue asesinado Manuel Cepeda Vargas (último parla-



“Algunos muchos fueron asesinados, pero todos murieron, y al final, ¿realmente valió la pena?”

mentario en el congreso que quedaba de la Unión Patriótica) en una acción mixta entre suboficiales del ejército y paramilitares. El “Plan Retorno” llevado a cabo por el Ejército Nacional, cuyo propósito era pacificar las regiones, debido a los escalamientos de la guerrilla en las regiones, acabó con la vida de cientos de militantes de la U.P.

Varios atentados e intentos de asesinatos siguieron siendo cometidos contra los sobrevivientes del partido. Muchos fueron asesinados, desaparecidos ó tuvieron que exiliarse, todo por motivo de simpatía, militancia ó pertenencia directa al partido. La sociedad colombiana terminó acostumbrándose a los atentados políticos y, de manera

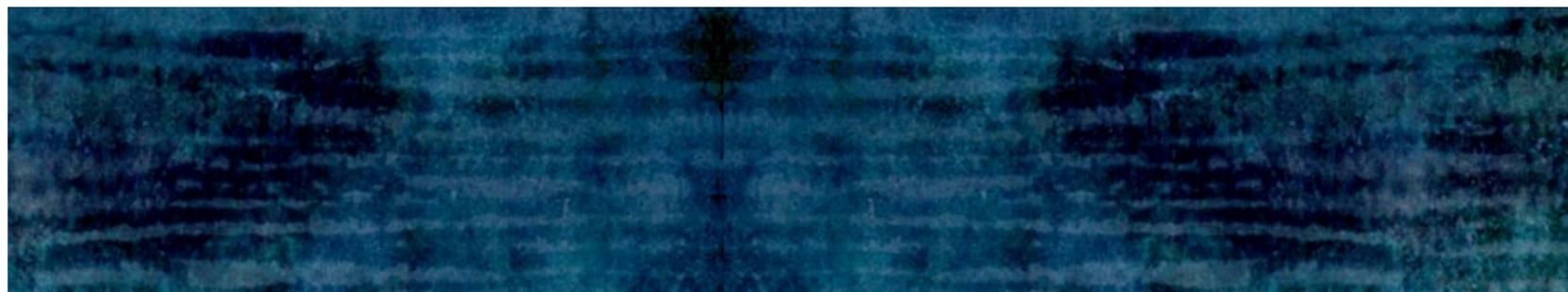
paulatina, las violencias cometidas contra ellos dejaron de ser noticia, como si sus implicaciones políticas y sociales no fueran lo suficientemente delicadas como para tener que rendir cuenta de ellas. Parece claro que todo el proceso del genocidio fue accionado desde un alto mando del gobierno y perpetrado por fuerzas que juraron proteger y servir a la patria, muchos de los atentados fueron justificados bajo el contexto de la guerra de guerrillas, pero muy raras veces confirmados, además los atentados en contra de familiares, amigos y abogados (quienes pueden dar cuenta de lo que en realidad sucedió) sugieren que el exterminio de la U.P. no fue casualidad del destino, sino estrategias cuidadosamente elaboradas para acabar con el movimiento.

A.U-C
FRENTE AGUILAS NEGRAS
MUEPUTAS GUERRILLEROS LOS TENEMOS
CONTROLADOS LA MIERDA QUE PUBLICA EL
ALIADO GUSTAVO PETRO DE LA PARAPOLITICA -
QUE DEBEMOS DEBEMOS USTEDES LAS

Aún después de eliminado jurídicamente la existencia del partido los miembros sobrevivientes siguen siendo víctimas de atentados y amenazas, al 2006, durante el gobierno de Álvaro Uribe “han sido asesinados 136 miembros de la Unión Patriótica y del Partido Comunista Colombiano, otros 38 han sido desaparecidos y 28 más sobrevivieron a atentados personales” (Cepeda, 2006). Estos datos dejan ver que el genocidio continua en apogeo, en una menor dimensión y ya

sin los antecedentes y las fuerzas que cobijaron la primera fase, pero sigue siendo evidente que el pensamiento de oposición sigue siendo censurado y quienes optan por un camino político diferente al emprendido por el gobierno nacional, se constituyen a sí mismos como figuras de riesgo que deben ser eliminadas.

El caso de la violencia ejercida contra los miembros de la U.P., el asesinato sistemático que se aplicó contra cada uno de sus miembros, desplazando al partido político de la escena pública es un hecho terrible de la historia de Colombia, no sólo por su duración en el tiempo, sino porque sucedió, y sucede, en un país declarado como democrático; lo que demuestra que de la teoría a la práctica existe un trecho muy largo y que en éste país el camino para recorrerlo ni siquiera se ha iniciado.



Pienso luego... desaparezo
Pienso luego... desaparezco
Pienso luego... desaparezco
Pienso luego... desaparezco

LOGO epílogo

oepílogoepílog

LOGO EPILOGO EPI

EPÍLOGO

EPÍLOGO EPILOGO

go EPILOGO EPI

EPÍLOGO epílogo El

EPÍLOGO EPILOGO

EPÍLOGO

Muchas son las cosas que se han dicho y que se dirán acerca de Colombia, de sus guerras y de su condición histórica, de las tragedias y de la persistencia de un conflicto que a cada día se vuelve menos humano y más violento. Colombia, en su particulari-

dad histórica ha dejado de ser una categoría para pensar, para crecer y para recrear, se ha convertido en un escenario de frívolas muertes y asesinatos, un campo de batalla desolado donde sólo quedan los rastros de una guerra sin nombre y deshojada.

¿Qué es lo que pasa? Nuestras generaciones deben ser enseñadas a pensar, a imaginar para producir y para construir un mundo a la medida de nuestras necesidades, nuestras generaciones deben aprender a conocer cual es su país y cual es su realidad. Es

EPÍLOGO EPILOGO EPILOGO

EPÍLOGO epílogo epílogo EPILOGO

EPÍLOGO EPILOGO epílogo epílogo

EPÍLOGO EPILOGO EPILOGO

EPÍLOGO EPILOGO EPILOGO

do la muerte de millones de compatriotas de manera injusta y en vano, porque su lucha ha sido apaciguada, porque sus demandas han sido acalladas, porque sus sueños han sido enterrados con sus cuerpos dejándonos como resultado un cementerio in-

importante promover procesos de enseñanza y conocimiento que reemplacen esas corrientes de preeminencia estética y superficialidad por una cultura política y social que permita revocar los órdenes establecidos, esos órdenes que nos han dejado como sal-

menso de seres humanos y de ideas olvidadas.

El legado: miles de voces ocultas y acalladas por la violencia, miles de relatos que tejen nuestra identidad y que permiten hablar de una colombianidad, el canto de mujeres, hombres y niños que

han marchado y que marchan por la paz, por la vida, por la no violencia, por el derecho a ser a cabalidad.

La tarea: reconocernos en nuestra identidad nacional e histórica para reivindicar nuestro pasado y reconstruir nuestro futuro, a partir de

las vivencias, de las historias orales y de la herencia de millones de colombianos que tienen algo que decir, algo que contar, un conocimiento valioso que nos permite aprehender las raíces mismas y la esencia de nuestro país.

OGG

Centenario



BIBLIOGRAFIA

ibliografiabibliografíaBIBLI

ibliografía

BIBLIOGRAFIA BIBLI

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

IRAFÍA bibliografía

BIBLIOGRAFÍA bibliog

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

ALAPE, Arturo. “Tirofijo: Los Sueños y las Montañas”. Bogotá: Editorial Planeta. 2002.

ALAPE, Arturo. “El Bogotazo: Memorias del Olvido”. Bogotá: Editorial Planeta. 2005.

CEPEDA, Iván. “Genocidio Político: El caso de la Unión Patriótica en Colombia”. Revista Cetil. N°2. Septiembre de 2006.

GIDDENS, Anthony. “Sociología”. Alianza Editorial: Madrid. 2004.

CEPEDA, Iván. & Girón, Claudia (ed.). “La Memoria frente a los Crímenes de Lesa Humanidad”. Fundación “Manuel Cepeda Vargas”. Defensoría del Pueblo. La Imprenta Editores Ltda. Bogotá. 1996.

JARAMILLO, Jaime. “La Personalidad Histórica de Colombia”. Bogotá: Editorial El Ancora Editores. 1996.

LARAÑA, Enrique. “La Construcción de los Movimientos Sociales”. Alianza Editorial: Madrid. 1999.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

JIMENO, Ramón. “La Toma al Palacio de Justicia” en Revista Credencial Historia. Bogotá: N° 17 Septiembre de 1999.

PIZARRO, Carlos. “Guerra a la guerra: Tiempo Presente”. Bogotá: 1988.

LOZANO, Carlos. “Poder Capitalista y Violencia Política en Colombia”. Bogotá. 2002.

MARTÍNEZ, Manuel. “Introducción a los Partidos Políticos”. Editorial Ariel Derecho: Barcelona. 1996.

PEREA, Carlos. “Porque la Sangre es Espíritu”. Bogotá: Editorial Aguilar Nuevo Siglo. 1996.

OSPINA, William. “¿Dónde está la Franja Amarilla?”. Bogotá: Editorial Alfaguara. 2004.

OSPINA, William. “América Mestiza”. Bogotá: Editorial Nomos S.A. 2006.

NEIRA, Enrique. “Un Caso Intrincado de Violencia: Colombia” Revista Nueva Sociedad. Bogotá: N° 105 Enero- Febrero de 1990.

PIZARRO, Eduardo. “Una Democracia Asediada”. Bogotá: Editorial Norma. 2004.

SARTORI, Giovanni. “Partidos y Sistemas de Partidos: Marco para una análisis”. Alianza Editorial: Madrid. 1980.

TARAZONA, Álvaro y Castaño, Salomón. “El Frente Nacional: Una reflexión histórica de su legitimidad política”. Revista de Ciencias Humanas. Enero 2002.

Compilado. “Camilo Torres: Cruz de Luz”. Colombia: Ediciones Veramar. 2006

bibliografía

BIBLIOGRAFIA BIBLI

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

GRAFIA bibliografía

BIBLIOGRAFIA bibliog

BIBLIOGRAFIA
IMAGENES

ABAD, Colorado. Jesús (2001). “Contra el olvido”. Medellín : Museo de Antioquia

CUELLAR, Jimenez. Gu-
mercindo (1948). “9 de Abril”.
Bogotá

MOLANO, Alfredo. (1995).
“Del Llano llano : relatos y
testimonios”. Bogotá : El An-
cora Editores

DELGADO, Carlos. (com-
pilador) (1986). “El 9 de Abril
en Fotos”. Bogotá: El Áncora
Editores

GONZALES, Sandy. (2007).
“Memorias Fotográficas de
Bogotá”. Bogotá: Ediciones
Revista Número, con el apo-
yo de Alcaldía Mayor de Santa
Fe de Bogotá.



VILLA, William. (2005).
“Violencia política contra los
pueblos indígenas en Colom-
bia: 1974-2004”. Bogotá: CE-
COIN. OIA. IWGIA

Selección. de Fotografías
tomadas del Archivo Docu-
mental Alianza Francesa

bib

ib

TO

“Colombia: Imágenes y Realidades” (2005). Bogotá: Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos: Fundación Dos Mundos.

Selección. de fotografías archivo documental El Espectador de 1985 a 1990.

Selección. de fotografías archivo documental Revista Semana de 1990 a 2000.

Alape, Arturo. (1987). “El Bogotazo: Memorias del Olvido Abril 9 1948”. Bogotá: Editorial Planeta.

Selección. de fotografías archivo documental El Tiempo de 1985 a 1995.

Selección. de fotografías archivo documental Revista Numero de 2002 a 2005.

Selección. de fotografías archivo documental Museo Bogotá.

BIBLIOGRAFÍA

AFÍA Abibi

hili

UOGA OI

GRAFÍA bi

ihliooi



En un día del hombre están los días
del tiempo, desde aquel inconcebible
día inicial del tiempo, en que un terrible
Dios prefirió los días y agonías

hasta aquel otro en que el ubicuo río
del tiempo terrenal torne a su fuente,
que es lo Eterno, y se apague en el presente,
el futuro, el ayer, lo que ahora es mío.

Entre el alba y la noche está la historia
universal. Desde mi noche veo

a mis pies los caminos del hebreo,

Cartago aniquilada, Infierno y Gloria.

Dame, Señor, coraje y alegría

para escalar la cumbre de este día.

Jorge Luis Borges

